



Poser, Hans



El Bonum como fundamento del querer. La obra de Albert Heinekamp

Revista de Filosofía y Teoría Política

1999, no. 33, p. 23-33.

Este documento está disponible para su consulta y descarga en [Memoria Académica](#), el repositorio institucional de la **Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata**, que procura la reunión, el registro, la difusión y la preservación de la producción científico-académica editada e inédita de los miembros de su comunidad académica. Para más información, visite el sitio

www.memoria.fahce.unlp.edu.ar

Esta iniciativa está a cargo de BIBHUMA, la Biblioteca de la Facultad, que lleva adelante las tareas de gestión y coordinación para la concreción de los objetivos planteados. Para más información, visite el sitio

www.bibhuma.fahce.unlp.edu.ar

Cita sugerida

Poser, H. (1999) El Bonum como fundamento del querer. La obra de Albert Heinekamp [En línea]. Revista de Filosofía y Teoría Política, (33). Disponible en:

http://www.fuentesmemoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.2787/pr.2787.pdf

Licenciamiento

Esta obra está bajo una licencia Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 2.5 Argentina de Creative Commons.

Para ver una copia breve de esta licencia, visite

[http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/.](http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/)

Para ver la licencia completa en código legal, visite

[http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/legalcode.](http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/legalcode)

O envíe una carta a Creative Commons, 559 Nathan Abbott Way, Stanford, California 94305, USA.

El Bonum como fundamento del querer. La obra de Albert Heinekamp

Hans Poser
(Berlín)

El Bonum como fundamento del querer - así reza el título del último capítulo de la obra de Albert Heinekamp, *El Problema del bien en Leibniz*.⁽¹⁾ Es a la vez la más comprehensiva y acertada caracterización de la esencia más profunda del ser humano Albert Heinekamp: la voluntad del bien en libertad y razón; una razón que no es cálculo, sino una razón de la bondad y la armonía. Es aún inconcebible, en realidad incomprensible, que él no se encuentre más entre nosotros, él, que tenía como amigo a todo investigador leibniziano presente de la Tierra, él, que con su infatigable predisposición para ayudar y su indecible humildad hizo de Hannover el sitio de reunión de todos quienes se interesaran en Leibniz, él, que ayudaba cuando el desciframiento se volvía difícil, que se quedaba hasta medianoche cuando un visitante examinaba un documento y debía abandonar Hannover a la mañana siguiente, él, que abiertamente alentaba ante cualquier problema que surgiera en la investigación, aconsejaba seguir adelante y señalaba el camino, él, quien en todo se retraía de manera tal que resultaba difícil reconocer a quien había dado la referencia, a quien

¹ *Das Problem des Gutes bei Leibniz*, (Kantstudien Erg. H. 98), Bonn 1969.

pudo indicar el folio decisivo del *Nachlaß*, a quien, entrenado en el arte maieútico, había traído a la luz lo que según la opinión de Platón y de Leibniz en verdad hacía tiempo ya estaba establecido - pero como un tesoro sin desenterrar para cuyo rescate se ofrecía ahora la clave. Tan versado era Heinekamp en la bibliografía sobre Leibniz, que una vez se le preguntó con toda seriedad si había discutido con Couturat un problema aún no resuelto. Tan familiarizado estaba con el pensamiento leibniziano, tan identificado con él, que cuando alguien buscaba en el Archivo Leibniz a Albert Heinekamp se podía oír la pregunta si alguien había «visto a Leibniz».

El profesor Albert Heinekamp había nacido el 30 de diciembre de 1933 en Rimbeck/Westfalen. Estudió Filosofía, Germanística y Filología Clásica en Frankfurt am Main, Münster, Mainz y Bonn entre 1955 y 1962. Se licenció en Filosofía y en Alemán en 1962. Luego de una corta actividad como ayudante comenzó en 1963 con el puesto de aspirante a la carrera de funcionario escolar, al que cambió por otro en la Biblioteca Regional de Hannover en 1965. Allí comenzó su formación como bibliotecario, la que completó en Köln casi simultáneamente con su promoción en Filosofía con Gottfried Martin en Bonn en 1966. En la Biblioteca Regional de Hannover, a la que regresó, fue el sucesor en 1974 de Kurt Müller como Director del Departamento del Centro Editorial para la Serie I de las *Sämtliche Schriften und Briefe* de Leibniz; en 1985 asumió la Dirección del Archivo Leibniz de Hannover. Desde 1970 actuó como encargado de los cursos de Filosofía Práctica en la Escuela Superior Técnica de Hannover, hoy Universidad de Hannover; en 1984 fue designado allí Profesor Honorario. El 20 de noviembre de 1991 Albert Heinekamp murió en Hannover - arrancado de una jornada plena de planes y trabajo, colmada de tareas y pletórica de fuerzas y perspicacia para dominarlas, arrancado también del seno de su familia que tanto lo necesitaba.

La dedicación a Leibniz acompañó a Albert Heinekamp a lo largo de toda su vida científica: para Gottfried Martin, su padrino del doctorado, Heinekamp había escrito algo más que sólo las notas de su libro sobre

Leibniz. Leibniz domina su tesis doctoral, la que solamente en Francia mereció tres extensos comentarios. Un primer paso, la reconstrucción de los títulos de los libros de la biblioteca privada de Leibniz - en especial sobre filosofía práctica - fue el tema de su trabajo final como aspirante a bibliotecólogo (un paso cuya dificultad y significación apenas fue comprendido por sus superiores bibliotecarios en Köln en aquel tiempo). Lamentablemente nunca se publicó este trabajo; hoy sirve como fundamento para trabajos de investigación de mayor alcance. Paralelamente a la prolongada actividad como editor en el Archivo Leibniz siguió la creación de la Sociedad Leibniz, la organización de simposios y sobre todo de cinco Congresos Internacionales Leibniz, como así también el trabajo de concepción y redacción para *Studia Leibnitiana* y sus *Supplementa* y *Sonderheften*. De inmediato sus fundadores y primeros editores, Gottfried Martin, Kurt Müller y Wilhelm Totok, le delegaron las tareas de redacción, las que pronto se centralizaron, junto con poco menos que todas las actividades de un editor, incluyendo las del Editorial Board, en una sola persona. Conceptualmente, Heinekamp siguió la línea que recibiera de Gottfried Martin: Leibniz no podía ser de ninguna manera el excéntrico metafísico que en él veía Schopenhauer, ni podía ser interpretado con todas aquellas retroproyecciones hegelianizantes que simulan calado filosófico y gravedad de pensamiento. En lugar de éstas, se siguió una imagen de Leibniz que permitía asegurarle un lugar tanto al lógico y al matemático, con sus elevadas pretensiones conceptuales, como al jurista, al historiador y al lingüista. Pero entonces su filosofía no podía estar en completa contradicción con esto, sino que debía ser presentada como una síntesis del trabajo conceptual y en el contexto de una historia de las ideas desarrollada con toda claridad. Así, los *Studia Leibnitiana* no se han transformado ni en un conglomerado ni en portavoz de la murmuración filosófica, sino en la renombrada plataforma internacional del encuentro de tales análisis de los que un inglés, G. H. R. Parkinson, (quien ha ayudado considerablemente como árbitro), ha podido decir que son "scholarly": precisamente ricos en material, de sólida cualidad y reveladores de

novedades. Gracias a esta concepción fundamental de Albert Heinekamp, en *Studia Leibnitiana* confluyen erudición histórica y claridad conceptual analítica en una nueva imagen de Leibniz. El hecho de que la investigación leibniziana haya alcanzado en todo el mundo tal significación se debe con toda seguridad al efecto estabilizador que experimentara a través de esta concepción editorial.

Ninguno de nosotros podrá decir de sí mismo que ha leído línea por línea todos los *Studia Leibnitiana* y sus *Supplementa* y *Sonderhefte*, salvo Albert Heinekamp: él ha examinado con anterioridad todos los textos, ha sugerido modificaciones, los ha armonizado, ha controlado las citas y finalmente los ha dado a la prensa. Compuso innumerables introducciones, prefacios y notas editoriales: por no hablar de todas aquellas colaboraciones que aparecen con el nombre de ministros, presidentes o directores de empresas: sólo le importaba hacerlo. Así es que se presenta como mero editor de la *Leibniz-Bibliographie* fundada por Kurt Müller aun cuando ella (gracias a los empleados del Archivo) fuera completada y ampliada hasta el doble del original, y aun cuando él agregara gracias a su poderoso conocimiento especializado un índice de materias tan diferenciado que la Bibliografía se transformó en un instrumento inapreciable de ayuda para la investigación leibniziana en todo el mundo. Este autorrenunciamento lo experimenté por mí mismo con vergüenza; pues si bien la preparación y ejecución del simposio Leibniz berlinés en lo esencial se había llevado a cabo en Berlín, el trabajo redaccional del volumen *Leibniz in Berlin*⁽²⁾ fue finalmente dirigido sólo por Albert Heinekamp. Yo había proyectado la portada y la había enviado a Hannover junto con los artículos incluidos; allí fue terminado: «editado por Albert Heinekamp y Hans Poser», rezan los primeros anuncios de la editorial. Sin embargo, en la última corrección, ¡había invertido en secreto el orden de los nombres! «Así es mejor», dijo cuando yo quise censurar esta inmerecida adjudicación, «así es mejor, pues en el volumen debía estar un berlinés en primer lugar».

² *Studia Leibnitiana Sonderheft* 16, Stuttgart, 1990.

Ese mismo espíritu de modestia respira en el duro trabajo que documentan casi cincuenta reseñas de Albert Heinekamp, las que en parte tienen en realidad el carácter de pequeños artículos. Incluso allí donde él, cuidadosamente sugiere críticas mesuradas en lugar de expresarlas con dureza - el que conoce sabe cuán profundo llegan -, nunca presenta la cosa como un sabiondo (re)ensor. Sin embargo, las reseñas muestran mucho más aún: ellas documentan un interés científico que no se limita a Leibniz o a los siglos XVII y XVIII, puesto que entre sus recensiones hallamos las de la *Rechtslogik*, de Ota Weinbergers y la *Deontic Logic* de G. H. v. Wright, de la *Modern Legal Logic*, de I. Tammelo, de la *Juridischer Logik*, de G. Kalinowski y la *Normenlogik*, de F. v. Kutschera, para sólo mencionar algunas³. Esta cuadro se completa con una recensión de *Language of Morals*, de Hare⁴, en cuya separata Albert Heinemkamp me escribió: «¡el pequeño ratón, que debería volverse montaña!» Aquí encontramos ciertamente trabajos sistemáticos previos a una obra cuyo bosquejo tal vez hayan podido vislumbrar los estudiantes de la Universidad de Hannover en las clases de Heinekamp sobre Filosofía Práctica, una obra sistemática que aprovecha los medios de la filosofía analítica y que debía transportar hasta el presente fructuosamente los trabajos históricos. En muchas conversaciones sonaba como si camináramos entre el edificio del ÜSTRA, en el que a

3 Estas reseñas aparecieron en las siguientes publicaciones: «Georges Kalinowski, *Le problème de la vérité en morale et en droit*, 1967», en: *Philosophischer Literaturanzeiger*, 22, 1969, 348-353; «G. H. von Wright, *An Essay in Deontic Logic and the General Theory of Action*, 1968», en: *Philosophischer Literaturanzeiger*, 23, 1970, 357-361; «Ilmar Tammelo, *Outlines of Modern Legal Logic*, 1969», en: *Philosophischer Literaturanzeiger*, 24, 1971, 247-249; «Ota Winberger, *Rechtslogik*», en: *Philosophischer Literaturanzeiger*, 25, 1972, 362-366; Franz von Kutschera, *Einführung in die Logik der Normen, Werte und Entscheidungen*, 1973», en: *Philosophischer Literaturanzeiger*, 27, 1974, 313-317 [nota del editor A. G. R.]

4 «R. M. Hare, *Die Sprache der Moral*, 1972», en: *Philosophisches Jahrbuch*, 81, 1974, 223-227 [nota del editor, A. G. R.]

finales de los años sesenta tenían su domicilio los filósofos de la TU Hannover, y la vieja Landesbibliothek, con su herrumbre entre los pisos, en cuyo borde había sido alojada la sede de la edición, - allí, donde se podía hacer pie firme. Sin embargo, considerábamos que eran bocetos fascinantes los que habían confluído como fruto, no sólo en las reseñas sobre Hobbes y Spinoza, sino ante todo en una extensa ponencia sobre la ética de Spinoza en el Tercer Congreso Leibniz⁽⁵⁾, y que se hallaban elaborados en cuidadosa continuación de la problemática de su Tesis Doctoral en una serie de trabajos leibnicianos sobre el problema de la felicidad y del *bonum metaphysicum*.

Antes de analizar las investigaciones centrales de Heinekamp sobre la filosofía práctica de Leibniz, quisiera llamar la atención sobre dos ámbitos de los trabajos heinekampianos que les son típicos. Se trata, en primer lugar, de introducciones al pensamiento leibniciano, y en segundo, de la referencia a la problemática del lenguaje en Leibniz. Una pieza maestra del primer tipo es el pequeño, compacto y conciso artículo sobre Leibniz que Heinekamp escribiera para la serie *Klassiker des philosophischen Denkens* editado por Norbert Hoerster⁽⁶⁾: la concepción leibniana de las relaciones entre razón y creencia y entre naturaleza y gracia se desarrolla sobre la base de la problemática de la teodicea, tan difícil de interpretar en la actualidad. Ciertamente, la monadología, la hipótesis de la armonía preestablecida y la relación entre experiencia y fenómeno son expuestas con el fin de poder desarrollar como fundamentación la doctrina de los principios que se oculta en ellas. El final cierra el círculo al describir muy acertadamente y en pocos trazos la teoría leibniana de la libertad. En este pequeño escrito coinciden, - lo que es característico de su autor -, densidad argumentativa y el marco de referencia histórico-cultural, así como la

5 "Metaphysik und Moral bei Spinoza», en: *Theoria cum Praxi (Akten des III. Internationalen Leibniz-Kongresses)*, Bd. 2, *Studia Leibnitiana Supplementa*, XX, Wiesbaden, 1981, 62-92.

6 Bd. 1, München, 1982, 274-320.

elaboración tanto de los puntos críticos como de la significado para el presente de los problemas allí abordados.

Distintos en la orientación y problemática, pero sin embargo pertenecientes por igual a este complejo temático, son la extensa introducción de Albert Heinekamp a la colección de artículos *Leibniz' Logik und Metaphysik*, que editara junto a F. Schupp⁽⁷⁾, y la exposición del «Etat actuel de la recherche leibnizienne», de 1989⁽⁸⁾. Mientras que la primera apunta a una exposición de la historia de la interpretación de Leibniz, la segunda tiene como objetivo el estado presente de la discusión en la investigación leibniziana, en la que Heinekamp emprendió una clara sistematización de los puntos de vista, sistematización que permite hacer visible el alcance y límites de cada postura.

Pasemos ahora al segunda ámbito mencionado de los trabajos leibnizianos de Albert Heinekamp: el de aquéllos dedicados a la filosofía del lenguaje. De Heinekamp dependió que se advirtiera que Leibniz no solamente se interesaba en los lenguajes formales de una *characteristica universalis* sino que con igual intensidad había investigado los lenguajes naturales, un tesoro de los escritos leibnizianos que - si bien se les había dedicado un volumen completo en la edición de Dutens - hasta hoy no había sido puesto de relieve adecuadamente. La exposición de Heinekamp sobre este problema documenta su familiaridad con la lingüística y la filosofía del lenguaje actuales, a partir de las cuales comenzó a abordar la determinación leibniziana de la relación entre lenguaje natural y formal. Así subraya Heinekamp que Leibniz de ninguna manera había considerado posible ni deseable la traducibilidad de los lenguajes naturales a lenguajes formales, porque con ella se perdería la *elegantia orationis*, la que solamente en el hablar puede mover los sentimientos⁽⁹⁾. Del mismo modo Leibniz

7 *Wege der Forschung*, Bd. 328, Darmstadt, 1988, 1-40.

8 *Les Études philosophiques*, 1989, 139-160.

9 «Natürliche Sprache und Allgemeine Charakteristik bei Leibniz», *Studia Leibnitiana Supplementa*, XV, 257-286, aquí 259.

vió que la falta de precisión del lenguaje natural garantiza una mayor flexibilidad de la que pueden ofrecer los lenguajes formales⁽¹⁰⁾; más aún, el lenguaje natural, dicho en términos modernos, es una presuposición irrenunciable de todo lenguaje artificial. Al lenguaje natural dedica pues Heinekamp la mayor parte de sus investigaciones, y saca a la luz concepciones leibnicianas que una vez más muestran claramente cuán adelantado a su tiempo estaba el sabio universal hannoveriano al preguntar por el fundamento vital del lenguaje y por su significado para la designación y la denominación. Siguiendo a Leibniz, Heinekamp concibe a los lenguajes naturales como sistemas dinámicos abiertos⁽¹¹⁾. En el texto de lingüística de Parret ha expresado con gran fuerza esta interpretación del lenguaje así como la relación del lenguaje con la realidad en Leibniz⁽¹²⁾. No podemos aquí, en pocas oraciones, resumir la riqueza de las relaciones históricas y sistemáticas que Heinekamp descubre allí. El impulso que ha dado con ese trabajo a la investigación comienza ya sin embargo a perfilarse.

A pesar de todo el cuidado y pureza con los que están redactados los artículos sinópticos sobre Leibniz, a pesar de toda la perspicacia y originalidad que honran las investigaciones de Heinekamp sobre la teoría leibnicianas del lenguaje y de los signos, y a pesar asimismo de toda la significación que tienen como piezas de un mosaico para una mejor interpretación de Leibniz los trabajos más pequeños dedicados a los correspondientes de Leibniz, a cuestiones de detalle o a la interpretación histórica - el corazón de Heinekamp late allí donde se trata de la realización del bien en el querer racional, donde se trata de la felicidad. Sin duda alguna Albert Heinekamp ha señalado aquí el camino a la

10 Ibidem, 260.

11 Ibidem, 279.

12 "Sprache und Wirklichkeit nach Leibniz", en: A. Parret et al. (eds.), *History of linguistic thought and contemporary linguistics*, Berlin, 1976, 518-570.

investigación, siendo su tesis doctoral la primera monografía sobre la ética de Leibniz, sobre un tema para el cual no existen ni siquiera textos terminados por Leibniz. El camino por el que Heinekamp echó a andar consiste en primer lugar en decir qué no es para Leibniz el bien - es decir, no se trata de algo ambicionado en el sentido de Spinoza, ni de la coincidencia con las leyes del estado como en Hobbes, ni de algo decretado por Dios, como Leibniz cree entender en Descartes. Antes bien, como objeto de la ética y de la ciencia jurídica hay que mostrarlo en el trasfondo de la relación entre *perfectio* y *ordo*, para lograr finalmente poner de relieve el *bonum physicum*, el *bonum morale* y el *bonum metaphysicum* como fundamento del querer humano y divino. Lo bueno no es una propiedad de lo existente, sino una disposición de la *essentia* en la posibilidad, a saber, aquella disposición, como bondad de una cosa, a ser el fundamento del querer humano y divino que apunta a la perfección. Así penetra Heinekamp en finas ramificaciones de la metafísica leibniziana y puede mostrar cómo resulta de este fundamento un sólido edificio de pensamientos de una filosofía práctica leibniziana.

Sobre la base de las clarificaciones obtenidas con la disertación, Heinekamp acertó en los años subsiguientes a ser el primero en poner en claro que el concepto de felicidad es un concepto central del pensamiento de Leibniz que es comprensible con precisión⁽¹³⁾. Heinekamp pregunta cómo podemos vivir una vida digna de un ser humano, y responde: «estoy convencido que Leibniz ha desarrollado en la filosofía un modelo de acuerdo con el cual no se puede pensar la felicidad de alguien singular separada de la felicidad de los demás, y por tanto la preocupación por la felicidad de la humanidad es un deber de todos. 'Sólo es probo quien ama a todos', escribe Leibniz en una carta de 1692.»⁽¹⁴⁾ Es importante en esto la idea fundamental de que la

13"Das Glück als höchstes Gut in Leibniz», en: *The Leibniz Renaissance*, Florencia, 1989, 99-125.

14"Leibniz und das Glück», en: L. Berthold (ed.), *Zur Architektonik der Vernunft*, Berlin, 1990, 397.

felicidad es, según Leibniz, una satisfacción que se presenta en la reflexión sobre la propia condición, y en verdad debido al amor que sigue a la sabiduría. No es solamente Leibniz quien aquí habla y que defiende su equiparación de *utile* y *honestum* en contra de la teoría hobbesiana del egoísmo; siguiendo nuevamente a Leibniz, citado por Heinekamp: «amar, sin embargo, quiere decir alegrarse de la felicidad ajena, o bien, lo que coincide con ello, hacer propia la felicidad ajena»⁽¹⁵⁾. Albert Heinekamp ha vivido este amor intelectual como convicción fundamental que lo guiara en todas sus acciones.

La teoría leibniziana del amor intelectual tiene como punto angular de la argumentación la infinitud del amor de Dios como fuente de toda perfección. Esto se agrega a lo ya dicho, puesto que Albert Heinekamp fue un hombre profundamente religioso pero con una actitud tan reservada que muchos nunca hubieron podido advertirlo, porque jamás se le hubiera ocurrido esperar del otro que adoptara lo que para él era una *confessio*: a modo de ejemplo, en toda argumentación filosófica sistemática siempre rehusaba superar argumentativamente la posición kantiana de un como si. Esto no sólo le habría parecido no filosófico, sino incluso dogmático en un sentido negativo, puesto que allí donde los argumentos faltan y tienen que faltar, no puede reinar el terror de las opiniones. Por ello para él mismo y como persona le parecía sólida la solución leibniziana del problema de la libertad y del problema de la Teodicea: este mundo ha sido creado de tal manera que permite reconciliar la previsión y la libertad de la elección divinas con la libre decisión de sus individuos aperciptes. A partir de esta convicción creció también la fuerza, para arrostrar el difícil destino de su familia en los últimos años. Nunca le escuché quejarse, nunca discutir con el destino. Se consolaba con Leibniz: “la más elevada sabiduría ha dispuesto todas las cosas de tal modo que nuestro deber causa también nuestra felicidad, que toda virtud tiene su recompensa y que toda falta tiene, tarde o temprano, su

15Ibidem, 401.

castigo.”⁽¹⁶⁾ Sólo la tontería impacientaba a Albert Heinekamp. Pues según la convicción de Leibniz, el ser humano no tiene nada tanto en su poder que sus pensamientos; por ello también es en mayor medida más responsable por ellos que por todo lo demás⁽¹⁷⁾. Por ello la tontería como minoría de edad por propia culpa es una traición a la propia condición humana, pues «ser feliz» quiere decir para Leibniz, tener fuerza, razón y libertad para realizarse a sí mismo.

Albert Heinekamp ha superado en su obrar lo que él en teoría ha meditado. Fue un ser humano tan completamente modesto y bueno como ninguna ética puede exigir, porque muy pocos poseen tal grandeza de realizarse en la felicidad ajena. Si nos fuera posible seguirlo aunque sea por poco trecho por ese camino, sería el mayor rasgo de amistad que pudiéramos hacerle y que él siempre nos brindara. Por eso ante todo deberíamos preservar su obrar como científico. Pues la felicidad a la que él hacía referencia no es la liberación de la necesidad sino la conducción de la voluntad hacia el *bonum*: en todo momento, el *bonum* fue para Albert Heinekamp el fundamento de su querer.

Traducción: Alberto Guillermo Ranea

16 Grua II, 581, citado por Heinekamp, *ibidem*, 409.

17 *Ver Klassiker des philosophischen Denkens*, I, 317.